

*Entre la cuna y la tumba
todo comienza y todo termina*



CORRIENDO

HACIA
LA **ETERNIDAD**

UNA NOVELA DE
CARLOS J. VILLARREAL R.

escribamos

CORRIENDO HACIA LA ETERNIDAD

De la cuna a la tumba todo comienza y todo termina.

Reciba usted la introducción y dos (2) capítulos de cortesía de doce (12) que tiene la obra, exclusivo para lectores que gustan de los libros de crecimiento y desarrollo espiritual; si le interesa y considera que puede recomendarse su lectura:

CONTACTO

República Dominicana: Autor Carlos Villarreal R.

E-mail: escribamosya@gmail.com

(809) 907 1050.

*

Representantes en USA: Félix Taveras, presidente de Emigrando América: +1(609) 517-3333 / Jesús Martínez, presidente de Red Empresarial Cristiana: +1(410)652-4399.

*

Representante en Colombia: Pastor y presidente de Escribamos:

Arcadio Almanza Iglesias:

+57 (300) 817 2763

UNA NOVELA DE
CARLOS J. VILLARREAL R

© Carlos J. Villarreal R., [2020]

ISBN-13: [número de ISBN]

Impreso por [EDITORIAL]

Todos los derechos reservados.

Dedicatoria

A la Santa Trinidad por convenir en salvar a la humanidad del pecado y la condenación eterna y tocarme de esa Gracia inmerecida. A la Iglesia, columna y baluarte de la Verdad. A mi familia, refugio de amor incondicional que me animó y oró siempre.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	7
FUTURO EFÍMERO	11
EL COMIENZO DE LA HISTORIA.....	28

INTRODUCCIÓN

*“Cuando Jesús salía para irse, vino un hombre corriendo, y arrodillándose delante de Él, le preguntó:
«Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?».
(Marcos 19:17)*

Hace ya un largo tiempo fui aguijoneado a hurgar sobre mi procedencia mi propósito y mi destino como ser humano. Viví gran parte de mis años con la angustia de existir, de ser y no saber con exactitud hacia dónde me dirigía o adonde llegaría a parar. Como un pez joven en el océano me aventuré a navegar en busca de sentido, razón y felicidad para mi alma; y no traigo a colación cada detalle de mi odisea por siete mares para no alejarme del propósito del presente relato. Inquiriendo sobre lo desconocido vi que, desde el remoto origen de la vida hasta nuestros tiempos modernos, la averiguación incesante sobre la inmortalidad ha sido un tema obligado o recurrente en la historia de la humanidad. Por eso, Corriendo Hacia La Eternidad retrocede hasta el primer siglo de nuestra era para recorrer las incidencias de un personaje que desde su punto de vista ansiando encontrar el camino hacia la eternidad, acude a un galileo famoso de su época con el fin de averiguarlo.

Mantuve en el radar a este joven por un tiempo, siguiendo su rastro para conocer lo que encontraría en su ambiciosa búsqueda, pero también para saber quién era él y qué creía acerca de la vida eterna; qué haría para investigar sobre ella; qué suerte tuvo después de su entrevista con Jesús acerca del tema; qué lección dejaba su experiencia a la posteridad; y, por último, qué hizo que la pluma inspirada de la Biblia omitiera su nombre de pila y sólo lo contara con el seudónimo de “un joven rico” o “un hombre prominente”. (Lucas. 18:18).

Aclaro con antelación que los nombres de los personajes y algunos sitios de este texto narrativo son ficticios, igual que los diálogos, con excepción de la entrevista del caballero de Hebrón con Jesús, más los datos y lugares geográficos donde se recrea la saga, son verídicos.

Ahora bien, si a usted también le atrae el misterio del origen, propósito y destino de la vida, pero más aún, ha soñado con la posibilidad de poder alcanzar la eternidad, entonces probablemente las páginas que tiene por delante satisfará ese interés y con certeza le ayudará a que su sueño se convierta en realidad. Porque justamente de eso se trata su prosa narrativa, de encontrar y

seguir la ruta hacia la eternidad, lo cual es perfectamente posible, “...y sabéis a donde voy, y sabéis el camino...” (Juan 14:4).

Desde el inicio de esta alegoría he vivido plenamente cada recoveco escritural consultado en busca de pistas que ordenaran el rompecabezas de la hazaña que está a punto de explorar. Y como a mí, quizá esta saga le aliente también a usted a prepararse para no temer cuando le llegue el inevitable momento de exhalar el último gemido. Porque, ¿qué porcentaje de probabilidad hay de morir un día de estos?, usted lo sabe muy bien, estadísticamente ¡cien de cien!

En esta aventura Tercio el hebronita, mejor conocido como *el joven rico*, no sólo es el pretextado sujeto que estimuló mi artificiosa imaginación sino también mi afín dilecto, ya que padecía mi misma sed de eternidad. Su memorable pregunta “*qué haré para heredar la vida eterna*” la habría hecho yo igualmente de haber estado en su lugar, y sin duda, usted también. Tendré el placer de presentarle al anciano Onésimo padre de Tercio, un personaje interesante por su extraordinaria dialéctica, hombre piadoso y de mente brillante, el comerciante más rico de Hebrón, apreciado y admirado por su sabiduría y altruismo. De manera

poética este anciano hace girar su discurso alrededor de la *vida* y el *tiempo*, elementos esenciales del universo que, por cierto, si bien uno *concede* el milagro de existir, el otro *prefija* su límite de ser. Este longevo tuvo mucho que enseñar acerca de la vida y dejar un legado para futuras generaciones, y yo tuve el raro privilegio de obtener fragmentos de su sapiencia y darlos a conocer en este texto parabólico.

Entonces, sin más preámbulo reciba una cordial bienvenida a ésta expedición narrativa.

Carlos J. Villarreal R.



CAPÍTULO I

FUTURO EFÍMERO

*De la cuna a la tumba todo comienza y todo termina,
y pisamos hoy nuestro techo de mañana.*

Haber nacido y respirar el aire estacional de los cuatro soles de unos cuantos años con su gracia plena de luz y calor, es una gran bendición otorgada a los seres humanos; amar y ser amados y dejar simiente en el planeta que se replique continuamente de sí, es un acto de gracia y preservación de la especie por parte del mismo Creador; tener la primacía y facultad de regir sobre los demás reinos de la tierra y sojuzgarlos, es una singular responsabilidad que nos dignifica por completo. Y todo esto es para el hombre una bendición de incalculable valor.

Pero lo que no admito, respetado lector, es que a pesar de la conferida grandeza y distinción que recibimos como criaturas superiores no somos más que “vanidad de vanidades” desde la cuna hasta la tumba donde todo comienza y termina. Porque somos como niebla que pronto desaparece, flor que en la tarde perece y burbuja al viento abrasador; sin embargo, cundidos de orgullo malhechor.

El sentido común susurra a la conciencia que dejar de respirar no armoniza con las ansias de vivir,

que la muerte es una intrusa aguafiestas que debe dimitir, salir del juego de la vida. Sobre ella cada persona opina algo distinto desde su punto de vista, y tales juicios varían en la medida que vamos madurando.

Los niños, por ejemplo, hasta cierta edad no comprenden porqué una persona, según ellos, decide morirse, y se lo cuestionan casi molestos al ver a los deudos llorar en las funerarias; y algún otro en su candidez denigra la memoria del difunto por ser tan tonto y tan bruto de permitirse perecer.

Nacido para heredar estrellas el ser humano se pierde en trivialidades que le roban su despertar, tiempo y libertad. Al final de todo vemos “que es un soplo la vida, que veinte años no es nada”, y que basta una mirada para darnos cuenta que cuatro veces veinte es igual a cuatro soplos únicamente y nada más; que lo que comienza aquí con entusiasmo pronto termina con desencanto y temor; parece que viviéramos un simulacro, como si ensayáramos para una obra de teatro, ¡y todo es tan fugaz!

Nuestras ambiciones personales son superiores a nuestra vitalidad y capacidad de resultados. Proyectamos metas de corto alcance en nuestras diversas carreras que sin duda lograremos, pero otras, por mucho entusiasmo que les insuflamos no las veremos terminadas jamás, porque demandan mayor tiempo para su realización que nuestra longevidad para verlas concluidas, y sin lugar a dudas nos sobrevivirán,

quizá otros las concluyan después según el valor económico, histórico, moral, social o arquitectónico que tenga cada una.

Nos enfrentamos a un patético círculo vicioso que persiste desde los primeros pobladores del planeta, y por lo visto seguirá siendo así; pero a pesar de su aparente naturalidad nos resulta inadmisibles la brevedad de la vida. Pero, ¿quién podrá evitar que sea de esta u otra manera? Quién se opondrá al rodaje continuo de la clásica serie: “Nacer, Vivir, Reproducirse y Morir”. Por lo visto nadie en absoluto. Inevitablemente esta cinta del celuloide universal seguirá rompiendo todos los records de taquilla mundial, porque su producción y vigencia es incaducable, por siempre la veremos disponible en todas las carteleras de los cines de nuestro planeta concitando sensibles y numerosas masas de espectadores.

Yo sé que usted conoce esto. El ser humano con su ingenio y esfuerzo ha llenado la faz de la tierra con obras monumentales que se erigen y desploman cíclicamente. Evidencias de este círculo virtuoso antropológico abundan en las ruinas de antiguas civilizaciones removidas por científicos que estudian su origen y cultura. Así acontece periódicamente a través de los siglos en el discurrir de la historia de la humanidad. En este antiguo proceso de la naturaleza, el tiempo inexorable hace siempre lo propio: esperar y esperar hasta el fin de cada vida o de la completa

extinción de toda una civilización. Más tarde pone a disposición de las generaciones subsiguientes que pudieran interesarse, montones de ruinas de viejas culturas sepultadas en las entrañas de la tierra para que las daten y conozcan, pero, además, para que vean que con “Cronos, dios del tiempo humano y padre de Zeus”, no se va más allá de los límites permitidos. Somos finitos, nunca lo olvidaré.

Muchísimos científicos, empresarios, estadistas, deportistas y tantos otros, trazan planes estratégicos ambiciosos que precisan de lustros, décadas y hasta centenas de años para su ejecución. Pero en sus agendas productivas casi ninguno considera su edad o estado de salud para asegurarse si alcanzarán dichos programas en el tiempo previsto. Eso me hace suponer dos cosas: de una parte, que estos individuos conociendo muy bien su misión y condición, adrede proyectan su altruismo heredando a otras generaciones sus ideas, trabajos, conclusiones y beneficios postreros, como si anticiparan un relevo generacional; pero por otro lado están aquellos que son más codiciosos y necios que sabios y precavidos.

Por lo general no queremos pensar en las probabilidades de fallecer en algún momento, no nos gusta este tipo de estadística, y si tales pensamientos cruzan por nuestra mente los esquivamos automáticamente y sin demora. Dígame Ud., ¿cuántas veces ha asistido al funeral de algún familiar o amigo?

¡Yo, varias!, y en tales circunstancias me he sentido renuente y aprensivo con esta clase de obligación impostergable.

Generalmente, sólo porque un compromiso social nos obliga a cumplir con los deudos nos hacemos presentes en un velorio. Porque nadie en su sano juicio dirá que le fascinan las funerarias, las tumbas y los camposantos; que planea un picnic para el próximo fin de semana en los prados del Cementerio Jardín de los Recuerdos o en las verdes praderas de La Puerta del Cielo para celebrar con familiares y amigos algún feliz acontecimiento, para lo cual reparte invitaciones a todos con gran entusiasmo; ¡por Dios, quién haría algo semejante!, bueno, sí... los Locos Adams invitando a la Familia Monster, u otros de su misma estirpe quizá; pero si usted es como yo repudiará en el fondo y en la superficie celebrar algo distinto a lo usual en esos *campos y jardines*.

Pero un día inesperado una circunstancia azarosa nos agarra de la mano y nos conduce a ver nuestra transitoriedad en el sepelio de un familiar o un amigo. En mi caso, cuando me ha tocado, siempre he seguido el mismo patrón como visitante luctuoso:

Llego a la capilla fúnebre y ubico el nombre del difunto en cartelera, ese que me corresponde visitar; luego, guardando solemne compostura ingreso a la sala de velación de la capilla ocupada ante todo por circunspectos mayores vestidos de blanco y de negro; entonces, con paso lerdo me acerco al deudo

de mi deber y le expreso mis más sentidas condolencias. Al instante como muestra de mi compunción me giro hacia el ataúd inclinándome ante el cristal de la tapa; parado allí con sutil escrupulosidad contemplo por unos segundos el rostro del cadáver que otrora fuera tan vivo como yo. Acto seguido miro de reojo si mis deudos reciben nuevos visitantes para escurrirme de manera furtiva de la sala de velación mostrando públicamente un aire de pena mientras avanzo. Hasta aquí las ganas de abandonar el triste recinto van en aumento y sigo mi plan con discreción y al pie de la letra; en mi escape y ya cerca de la salida, me acerco al cuaderno de visitas para estampar mi rúbrica como prueba histórica de mi cumplido; luego, tal vez me tome un poco de té o café en el salón social para disimular mi fuga y calmar el impacto de una realidad que también espera por mí. Justo en esas áreas sociales uno se suele encontrar con algún conocido, las veces que me topé con uno propicié un breve comentario sobre el difunto lamentando su partida, pero en la mínima oportunidad me escabullía aduciendo algo apremiante que hacer. Lejos ya de la funeraria y aspirando el aire fresco de los “vivos” siento el alivio y paso mi mano por la frente para cambiar el chip, y como por arte de magia en pocos segundos estoy sumergido de nuevo en la cotidianidad, en la vida real, allí donde la muerte es ignorada e invisible, pero que furtiva y sin notarlo nos espía como

ministro de hacienda con nuestros nombres, historial y domicilios en su poder.

Otro fenómeno común con el que tal vez estemos familiarizados es el de aquellos que amasan una jugosa fortuna durante su edad productiva y no prevén un momento oportuno para disfrutarlas, sino que continúan acumulando más y más sin advertir que, por el contrario, en su afán de más el tiempo y la salud van disminuyendo. Y si es que los planean, por lo general sus retiros con goce asegurado nunca llegan, y la razón es siempre la misma: les hace falta una “fracción” para completar el objetivo proyectado.

Onésimo, uno de los personajes de esta narrativa advierte sobre esa incorrecta actitud, diciendo:

“Si la salud malgastas para mañana disfrutar, buscando reponerla doble pobreza hallarás”.

Ya hemos dicho antes que la codicia del ser humano y su afán de amontonar tesoros sobrepasa los límites de su existencia, que la ambición rebosa el corazón porque su alma es eterna y nada en este mundo la podrá satisfacer. Está comprobado que vivimos como si no fuéramos a morir nunca, pero se nos termina la vida como si no la hubiésemos vivido jamás, rogando al final de la jornada por un poco más de tiempo para hacer lo que en buena salud nos dimos el lujo de omitir o postergar.

Ocurren muy a menudo casos como el de mi conterráneo Ganador del Premio Nobel de Literatura, el colombiano Gabriel García Márquez (Gabo) que, debido al deterioro de su salud anunció que se retiraba de la vida pública en noviembre de 2013 con una carta en la que detalla lo que haría si le “regalaran un trozo de vida”, en ella dijo:

“Si por un instante Dios se olvidara que soy una marioneta de trapo y me regalara un trozo de vida, aprovecharía ese tiempo lo más que pudiera. Posiblemente no diría todo lo que pienso, pero sí en definitiva pensaría todo lo que digo”.

Pero dos años antes del deceso del prolijo escritor aracateño, en 2011 el empresario Steve Jobs se fue de este mundo a la edad de 56 años debido a un problema en el páncreas, dejando una fortuna de siete mil millones de dólares (US 7000000000), y estas son algunas de sus últimas palabras:

“En este momento, acostado en la cama sin buena salud y recordando toda mi vida, me doy cuenta que todo el reconocimiento y riqueza que tengo no tiene sentido frente a una partida inminente. Tengo el dinero para contratar al mejor en la tarea que sea, pero no es posible contratar a alguien para que cargue con mis problemas de salud. El dinero puede conseguir todo tipo de cosas materiales, pero hay una cosa que no se puede comprar: la vida. A medida que pasó el tiempo me di cuenta que el reloj de diez dólares y uno de tres millones, muestran la misma hora; que con un

automóvil de ocho mil dólares y uno de un millón podemos llegar al mismo destino; que un vino de diez dólares o uno de mil quinientos, generan la misma resaca; que en una casa de trescientos metros cuadrados o en una de tres mil, la soledad es la misma. La verdadera felicidad no proviene de las cosas materiales, proviene del afecto que nos dan nuestros seres queridos”.

Usted también sabe esto. Cada minuto que pasa se despiden millares de personas de la tierra de los vivientes dejando inconclusas las obras y los sueños emprendidos con gran entusiasmo e ilusión; pero también se ausenta para siempre una romería de almas que nada dejan porque durante sus vidas, largas o cortas, nada significativo comenzaron.

Haga el siguiente ejercicio, conéctese a internet y ponga en el buscador de su ordenador o dispositivo móvil la frase “obras inconclusas”, hágalo nada más por curiosidad y verá las numerosas referencias sobre obras que han quedado huérfanas de sus autores. Veamos como ejemplo cuatro casos breves que ilustran lo dicho:

Número uno, la catedral de Barcelona, La Sagrada Familia, de Gaudí, que está en construcción desde 1882 y seguramente no esté terminada hasta dentro de muchos años, se habla de 2026, pero se han fijado muchos plazos y ninguno se ha cumplido. Gaudí por su parte trabajó en esta catedral durante cuarenta

años, consagrándose los últimos 15 de su vida personalmente a ella, pero en 1926 murió sin haberla visto terminada.

Número dos, es sabido que poco antes de su muerte en 1791 un anónimo le pidió a Wolfgang Amadeus Mozart que compusiese un réquiem para su recién fallecida esposa. Para tal ocasión el genio compositor estaba enfermo, y se cree que tomó este encargo como un presagio de su pronta mortalidad, hasta llegó a pensar que el réquiem podría servir para su propio funeral. Lamentablemente Mozart murió antes de que pudiese terminarlo, en su lugar lo hizo Franz Süssmayr, un destacado alumno suyo.

Número tres, en el S. XV Da Vinci fue contratado por el Duque de Milán para construir una estatua en honor a su padre. Estuvo trabajando en ella durante 15 años, hasta que en 1492 dio a conocer un molde de arcilla de un gran caballo de 7 metros de altura. Pero antes de que el molde pudiese ser convertido en bronce, estalló la guerra entre Francia e Italia, decidiendo el Duque de Milán, donar las 200.000 libras que iba a destinar a la estatua, a armamento militar.

Para muchos la muerte es un tema censurado, mencionarla infunde tanto respeto como temor, y no termina conveniente ni refinado referirse a ella en

pasillos o clubes sociales. Sin embargo, hay gente que sí la recibe con serenidad y sosiego. Tal es el caso de nuestro cuarto y último ejemplo, el del famoso pintor italiano Tiziano Vecellio, quien plasmó *La Piedad*, una pintura al óleo sobre lienzo destinada a adornar su propia tumba pero que no pudo terminarla, en su defecto lo hizo Palma el Joven, un discípulo suyo en los años 1573-1576. Y aunque la obra maestra no lo acompaña hoy en su tumba, no deja de sorprender que alguien desee decorar su última morada con sus propias obras de arte. Siempre he sospechado que algo eterno se agita en el corazón de los mortales.

A veces en mis soliloquios visualizo a las masas humanas -salvo muchas excepciones- andando cual marionetas tiradas por hilos atados en los dedos de un destino socarrón, sumidas entre el deseo y la razón, entre lo profano y lo divino, ebrias de soberbia y henchidas de vanidad. Hay quienes según sus constructos psicológicos se alegran o deprimen, suben y bajan como montaña rusa, carentes de dominio propio. Eso es todo menos vivir, una contradicción enloquecedora que aniquila a sus víctimas. Las muchedumbres indiferentes y distraídas con sus juguetes circulan por todo el planeta traficando, comprando, presumiendo y gastando frenéticamente sus vidas y su tiempo al borde de un abismo tragón que espera fagocitarlas.

En ocasiones similares cierro mis ojos y puedo sentir que los años como hojas secas al viento pasan muy ligeros por encima de mi cabeza rozándome el pelo que aún conservo. Todavía recuerdo los almanaques de cartulina aquellos que en los meses de enero en mi casa siempre encontraban un clavito en la pared para enganchar uno de ellos, de niño me gustaba arrancar la hoja del mes transcurrido y cancanear mi lectura en el nuevo; volaba tan rápido el tiempo que en un santiamén sólo quedaba el mero cartón con un colorido paisaje, con el que luego mis abuelos abanicaban el calor de Barranquilla y atizaban también el fogón de leña en la cocina. ¡Ah tiempos aquellos!

En momentos como esos viene a mi memoria el verso 10 del Salmo 90, que dice:

“Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan y volamos”.

Por eso, hablando de años, si calculamos el tiempo de nuestra vida con base al estándar de Moisés, —70 u 80—y si a cualquiera de esas dos cantidades les restamos los vividos, entonces sabremos cuántos nos faltan para completar una de las cifras del caudillo del Éxodo y darnos por bien servidos, porque... ¡ha sido suficiente! ¿no le parece a usted?, aunque si a Dios le place nos puede añadir unos añitos más; pero con todo y más es así como acaba nuestra molestia y

trabajo debajo del sol. Ahora, tómelo en serio, cuando tenemos más pasado que porvenir el ejercicio anterior es pertinente para determinar sabiamente qué hacer con el trozo de futuro que nos resta.

En el modelo social posmodernista que nos ha tocado vivir en el siglo XXI se fomenta el híper activismo centrado en el pragmatismo y la producción, sin reparar mucho en condiciones de salud de los actores. Se trata de logros, de cumplir metas sin pérdida de tiempo, el objetivo de la empresa está por encima de todo. Pero tras un objetivo alcanzado otros desafíos aparecen dispuestos a no dejarnos acomodar en lechos de laureles, porque el hábito de descansar no es para los visionarios y proactivos, ¡quién dice lo contrario!

Con absoluta certeza mientras vivamos en este mundo nos agujoneará el deseo de conquista permanente. Hay mucho que aprender sobre esto, ante lo cual resulta muy elocuente la historia de un hombre que pasó la mayor parte de su vida acumulando riquezas. Veamos lo que sucedió:

“Luego les contó una historia: «Un hombre rico tenía un campo fértil que producía buenas cosechas. Y se dijo a sí mismo: “¿Qué debo hacer? No tengo lugar para almacenar todas mis cosechas”. Entonces pensó: “Ya sé. Tiraré abajo mis graneros y construiré unos más grandes. Así tendré lugar suficiente para almacenar todo mi trigo y mis otros

bienes. Luego me pondré cómodo y me diré a mí mismo: 'Amigo mío, tienes lo suficiente almacenado para muchos años. ¡Relájate! ¡Come y bebe y diviértete!'. Pero Dios le dijo: ¡Necio! Vas a morir esta misma noche. ¿Y quién se quedará con todo aquello por lo que has trabajado?'. Así, el que almacena riquezas terrenales, pero no es rico en su relación con Dios es un necio». (Lucas 12:16-21).

Este personaje pudo haber sido cualquiera de nosotros, hombre o mujer, él supo aprovisionar para su disfrute terrenal, pero por su mente no cruzó la idea de que pudiera morir en cualquier momento, mucho menos cómo sería su destino eterno. El mismo día que celebraba con sus empleados su éxito empresarial, en un santiamén pasó a un plano desconocido, viéndose perdido y solo en un lugar tétrico, tenebroso, palpándose y mirando a todos lados sin percibir más que lobreguez o tinieblas; y como era de esperarse su riqueza no le acompañó a su última morada, toda quedó aquí, donde pertenecen las cosas materiales; y muy tarde ya, en más allá, empezaba a comprender su desventura, ceguera, pobreza, miseria y desnudez.

Lo confieso sinceramente, esa historia me hace estremecer, porque, ¡debió ser una experiencia muy dura!, algo supremamente espantoso para el hombre de la ilustración. Y, ¡cuidado amigo lector!, ya lo

escuchó, no hay garantía de ser distinto para cualquiera que confíe en los bienes de este mundo y no es rico para con Dios, sino que sufrirá la misma condenación de ser arrojado en el inframundo, uno que no será como el satírico infierno imaginario del escritor y poeta italiano Dante Alighieri en su Divina Comedia, no, según Jesucristo se trata de un lugar mucho más terrible que eso, uno que es de verdad, donde el gusano de ellos no muere ni termina de fastidiar a sus víctimas, y como si faltara más, el fuego allí nunca se apaga. Me entristece pensar que desde entonces este hombre rico atraviesa por tan horrible tormento... ¡hasta hoy! ¡Qué horroroso debe ser! Es espeluznante tanto pavor. En realidad, lo siento por él.

Pensando en todo esto confieso que tengo gran preocupación por aquellos que livianamente resisten el llamado del evangelio de Jesús el Señor y Salvador, el único que debajo del cielo puede librarnos de esa suerte; entre esos indiferentes cuentan familiares y amigos, ignorándolo y algunos blasfemando su nombre. Apreciado lector, si no ha considerado dónde podría pasar la eternidad haga una pausa ahora y considérela, sería sabio de su parte; si usted viene galopando en esta expedición aún está a tiempo, no olvide que en esta carrera ocurren imprevistos, eventos inesperados, somos frágiles, vinimos desnudos al mundo y así mismo nos iremos de él, sin avisar.

He leído a varios autores que han disertado sobre la vida y su propósito, afirmando que la materia siempre ha existido, que los humanos son una variable de su constante evolución, que mutamos durante millones de años hasta el “homo sapiens” por un patrón selectivo natural. Que la espontaneidad y el azar son los únicos factores responsables de toda forma de vida en el planeta a partir del “big bang”. Así de fácil lo expresan, y me rehúso pensar que de verdad se crean tales argumentos y afirmaciones, porque no conozco a ninguno que presente alguna evidencia observable o cambio de género que demuestren sus teorías.

. Ellos afirman que la cognición, moralidad y conciencia son estadios que se explican por el mismo principio evolutivo de su origen sin ser objeto de concepciones o juicios místicos en su desarrollo. Que todo es relativo y que nada es absoluto. Menosprecian el diseño inteligente.

También he visto a paladines de estas teorías cuestionar con furia el sentido y la razón de vivir, que ven sus vidas “relativas” con pesimismo y desprecio, y no falta quien considere la suya una broma macabra o un exabrupto de la evolución; otros, no soportándola más se la desprenden de cuajo con violencia, arrastrando a la misma suerte en su locura a otras vidas inocentes, lo vemos a menudo en la actualidad mundial por los medios.

Pero aparte de estos *genios* están los más optimistas de todos, los que creen que un día, dentro de cinco millones de años, podrán evolucionar en una mejor especie y todo será distinto, o superior. Por otro lado, aunque se conozca poco al respecto, unos científicos audaces hacen su agosto impulsando la *criogenización*, un método por medio del cual se somete a una persona o animal a condiciones de frío extremo con el objetivo de preservar su cuerpo en condiciones para ser reanimado en el futuro; y no es broma, tienen su buen banco de “clientes congelados” y muchos seguidores rumiando el concepto.

Pero nada de esto hace falta, amigo lector, si usted siente que la vida es poca o carece de sentido siga conmigo las huellas del personaje de esta historia hasta el fin de su carrera y sepa qué le acontece al final; en su odisea no sólo verá una luz al final del túnel, sino que podrá decidir con certeza qué hacer con su futuro, o lo que resta de él. ¡Ahora sí, empecemos la aventura!



CAPÍTULO II

EL COMIENZO DE LA HISTORIA



Esta historia tuvo lugar cuando el mundo era casi nuevo y la Vida en su marcha verde se multiplicaba y fructificaba con gracia infinita, con invencible poder se abría paso combatiendo contra una fuerza invasora de exterminio que se oponía al cumplimiento del Sumo Decreto: "ocupar el planeta por entero". En un despliegue de portento separó el caos del orden, la luz de las tinieblas y las aguas de lo seco; produjo árboles y plantas, criaturas acuáticas, aves que volaban sobre la tierra, cuadrúpedos y reptiles; y, por último, asombró a célicos espectadores con su obra maestra de colofón: ¡Un Hombre y una Mujer!

Corría el tercer día del mes de Nisán en Israel con la primavera del 33 d. C. Para entonces reinaba Herodes Antipaz, hijo de Herodes el Grande, gobernador de Galilea por disposición de Augusto. Recién comenzaba el primer siglo de una nueva era para la humanidad y en él vivía un joven judío llamado Tercio, de la ciudad de Hebrón, antigua Quiriat-arba.

Este ambicioso personaje como muchos no estaba dispuesto a exhalar el último suspiro sin encontrar una salida para evitarlo, se empeñaba tenazmente a dar con la fórmula que le permitiera vivir por siempre; pretendía a toda costa impedirle el paso a la muerte, al menos para él, porque no admitía el imperio de su viejo reinado y creía poder escapar de algún modo del filo de su guadaña.

En su porfía hurgaba cuanta forma posible se propalaba acerca de la eternidad. Conocía sobre ingentes esfuerzos de antiguas civilizaciones que buscaban el elixir de la inmortalidad, misteriosos alquimistas que aseguraban estar a punto de encontrar o de haber hallado la poción milagrosa o piedra filosofal que garantizaba la eliminación de toda enfermedad y la fuente de la eterna juventud. Pensaba obsesivamente que se podía resucitar y seguir viviendo aquí y para siempre con sus posesiones y juventud.

Parecía percibir el vestigio de una primigenia partícula de eternidad en su corazón que buscaba emanciparse y trascender a su origen, a lo perenne, a lo inmortal. Él quería más vida de la vida, y pensaba: “¿Qué sentido tiene una vida que se apaga en medio de la noche?”

Tercio era un hombre esforzado y vigoroso, de buen parecer, superaba en estatura a todos los lugareños, de abundante y bronceada cabellera, sus ojos aceitunados eran agudos y serenos. Era ese tipo de personas que no pasan desapercibidas entre tantas. Con una buena educación a costas que sus padres supieron prodigarle. Discípulo benemérito del prestigioso rabino Gamaliel, doctor de la ley y prominente miembro del Sanedrín, tutor idóneo de los renuevos de familias distinguidas de Israel.

Después de la muerte de su padre y sucesivamente la de su madre, sin recuperarse por completo de tan funestos episodios se consagró por entero a la administración de los negocios heredados tratando de mitigar el dolor de su desabrigo familiar; pero tal forma de evasión lo condujo sin proponérselo y de manera veloz a amasar una formidable fortuna que alimentó su fama en Israel.

Los vientos soplaban a su favor ampliando su influencia comercial en la región, lo cual le impedía reflexionar y digerir concienzudamente el capítulo

de sus fallecidos padres; eran tantos los afanes que lo absorbían que apenas podía extrañarlos.

Sus empresas habían crecido enormemente, tanto que se extendían por toda Judea, Samaria, Fenicia, Traconite, Decápolis y Perea. Era notable su autoridad en esas circunscripciones y había conquistado progresivamente el respeto y la admiración de casi todo Israel y de otras tierras alrededor. Se había convertido en el prototipo que sus conterráneos deseaban ser, conocido por su carácter virtuoso y su respeto al prójimo; su círculo de influencia crecía paralelamente con su fortuna.

A sus treinta no había desposamiento aún, pero conservaba la castidad en espera de la doncella que sería su compañera para compartir los más gratos momentos de la vida. De sus padres aprendió a reconocer el valor de la mujer, diferenciando su trato con el de los hombres, dándole a ella mayor honor y atención, porque dos -asumía convencido- fundarían un nombre en la tierra. Recordaba que en la niñez su madre le repetía en un canto cunar éste estribillo: *Tercio hijo mío, recuerda que, aunque el Creador nos extrajo del corazón de los hombres para estarles sujetas con amor, de darles a luz a ellos nos dio a nosotras el honor.*

Nunca olvidaría aquel verso admonitorio, al cual Onésimo su padre le hacía honor en su relación conyugal, de lo cual él era testigo ingénito. Por esto

solía dirigirse a las doncellas que trabajaban en su propiedad con decoro y respeto, tratándolas como delicadas piezas de jaspe. *Algún día hallaré una mujer virtuosa como mi madre, para amarla y respetarla como mi padre.* Como hijo único sus padres se esmeraron en cimentarlo en la Torá sin límite de genuflexión o reverencia a sus fundamentos. Sus colegas y amigos le guardaban respeto y admiración por su rigidez y disciplina, era ejemplo de integridad en la ciudad de Hebrón, y fuera de ella. Ninguno le endilgaría uso fraudulento u otros ardidés en sus relaciones de negocios, por el contrario, a veces se solía descolgar en jocosos comentarios ante sus allegados criticando la voracidad tributaria del gobierno cesarista haciéndolos explotar de la risa, de esa manera señalaba con sarcasmo las injusticias del régimen colonialista.

Pero también sus partidarios conocían de su austeridad en el gasto público y particular, que por lo general se privaba de liberalidades propias; que respetaba cada moneda y no trivializaba ningún recurso; que todo eso formaba parte de su habitado esquema financiero. Pero estas tipologías no incomodaban a sus colegas y amigos, pues, al fin y al cabo, él era justo y puntual con sus compromisos, incluyendo el bienestar de sus obreros, el manejo de sus transacciones comerciales y deberes fiscales;

todo lo demás para ellos eran tipicidades del ciudadano ejemplar.

Quizá la cualidad más humana de su personalidad era su consideración y respeto en las relaciones interpersonales, nadie era ultrajado injustamente en su presencia sin que tomara partido. No se exageraba al reconocer sus virtudes, porque en realidad era un mortal a carta cabal, un israelita que rechazaba con firmeza la injusticia social, por quien la corrupción guardaba su distancia.

Conocía los mandatos de la Torá y los practicaba fervorosamente desde su niñez en espera de alcanzar la vida perdurable que anunciaba el profeta Daniel; pero a pesar de su estricta devoción no sentía esa vida operando en él, tornándose proclive a teorías de fórmulas secretas.

Pero no todo era color de rosa en la vida del interpelado, y aunque no esté de acuerdo por completo con él no lo juzgo tanto por su avidez, pues que hasta en los más santos existen máculas; pero la de Tercio era una enorme ambición que explicaba sus intenciones en la búsqueda de la eternidad, ¡quería ser el primer hombre con inmortalidad más rico de la tierra!

Pero lo que no tuvo en cuenta nunca fue que no se puede echar el vino nuevo en un odre viejo sin sufrir pérdida. ¡Porque el vino nuevo se añeja y el odre viejo se pudre y rompe! Pero más allá de sus virtudes y defectos todo lo suyo resultaba interesante de conocer y emular por su estricta disciplina y comportamiento.

Sin embargo, su integridad y fuerza de carácter pronto serían puestos a prueba frente a la situación más difícil que tuviera que enfrentar en sus relaciones, principalmente con Erasto, el amigo de infancia que fue como un hermano para él, veamos lo que ocurrió. (fin del capítulo, continúa en los siguientes)



Gracias por su tiempo de lectura. Déjeme saber hasta aquí su comentario acerca del contenido de este fragmento. Dios lo bendiga abundantemente mientras continúa: Corriendo Hacia La Eternidad.

